

En efecto, por aquel costado, las láminas de madera representaban en su pintura un retrato del Salvador. Después, dando al cuadro una inclinación contraria, volvió el padre griego á presentarlo ante mis ojos.

—Santa María, me dijo, siempre creyendo hablar italiano.

Por aquel costado las láminas representaban una efigie de la Virgen.

Por medio de mi dragoman elogí mucho aquella combinacion encantadora por su inocencia, á manera de obra de niños, y con esto el buen «papa» quedó grandemente complacido.

Antes de partir, mi dragoman tuvo la idea de decir á nuestro interlocutor que yo era mexicano. Aquí el buen señor se admiró, me vió, volvió á verme, me miró, me contempló, y dió vuelta en torno de mí para examinarme. Era yo el primer mexicano que conocia, y trataba de hallar en mí algo de raro. Sobre todo, hacia de mí un análisis perfecto tomándose como una muestra, y pensando formarse una idea de mi país y mis compatriotas, por mi persona. Hago gracia al lector de las preguntas peregrinas que el reverendo sacerdote me hizo, pues fueron muchas y largas; y creo, además, que debo abstenerme de sacarlas á luz, pues no es nuevo que él no haya conocido los elementos de la geografía ni de la historia de México, cuando en Europa los mas sabios suelen ser crasos ignorantes de nuestras cosas.

Despedíme del padre, el cual ¡cosa que me sorprendió! tomó tambien su «bakshish,» y salió de la iglesia. Me acompañó hasta la puerta y me tributó numerosas expresiones de benevolencia y simpatía.

A poca distancia de San Jorge y en una calleja oscura, está una iglesia cofta. Entré en ella: es un templo antiquísimo; el altar está cubierto para el público con una verja de exquisito trabajo de madera con incrustados de marfil, que tiene por la parte interior una cortina. Cuando se celebra la misa, una puerta frente al tabernáculo se abre; los circunstantes permanecen fuera, y miran lo que buenamente pueden por aquel pequeño espacio abierto. De la misma manera, la comunión se da por una ventanilla practicada en la misma

verja; y uno tras otro, los fieles, de pié, asoman la cabeza por aquel agujero para recibir de manos del sacerdote la comunión en cucharadas de pan y vino. Es otro mundo. El cristianismo á que pertenecemos nosotros toma allí fisonomía diversa. Se diría que aquellos hombres, aunque cristianos, no pertenecen á nuestra misma religion, al tener costumbres en este particular tan distintas de las nuestras.

Mi dragoman se entendió un momento con el cofto allí presente, especie de sacristan vestido con larguísimo saco á la europea, calzon á la turca y «tarbush» rojo. Por consiguiente, dicho sacristan nos dió á Fortunato y á mí dos cerillos encendidos, tomó él otro, y nos hizo señal de que le siguiéramos.

A la izquierda del altar está una escalera que descende resguardada por un barandal de madera. Aquel barandal se abrió; descendió el sacristan; seguimosle Fortunato y yo, y bajamos á un subterráneo. Cuatro mezquinas columnas sostienen la bóveda; el recinto es estrecho, y á decir verdad tiene bastante luz para hacer inútiles los cerillos.

Esta cripta es la «Gruta de la Virgen,» así llamada porque, segun la tradicion, fué aquí donde María Santísima se ocultó con el Divino Infante, cuando huyendo de Herodes, vino á refugiarse en esta tierra.

Un nicho que está en el fondo, desprovisto de todo ornamento, señala el lugar donde reposó el niño Jesus. Este ha sido el primer sitio sagrado que he visitado. Mi corazón latió en presencia de aquel rincón bendito, y se turbó mi espíritu. Arrodilléme por un momento con la mayor humildad que me fué dada, y me incliné á besar la piedra que forma el pavimento del nicho.

Por uno y otro lado en las paredes habia inscripciones y nombres escritos con lápiz: ingleses, franceses, italianos, alemanes y griegos. Entre todas aquellas inscripciones hubo una que me tocó el corazón. Era francesa, y estaba suscrita por un nombre de mujer. «Oh ma mère, decia, priez pour moi!» Palabras sencillas y que traducian fielmente los sentimientos del instante. En efecto, esta era la exclamación



macion que brotaba entre temblores de emocion, del fondo de mi alma: ¡Oh Madre mía, ruega por mí!

Al salir de la iglesia cofta, el sacristan nos llevó á un lugar donde se encontraba un viejo sillón bordado de colores ya marchitos, y sin decir palabra puso la mano sobre el asiento. Permanecí extático. Aquella mímica no me era comprensible. Mi dragoman, sin embargo, tras breve instante de reflexion descifró el enigma, y depositó sobre el cojín del histórico sillón algunas piastras. Era el «bakshish,» moda, manía, costumbre, necesidad, tiranía, en fin, del Egipto.

Volvimos á tomar nuestros borricos y salimos del Viejo Cairo. Pasamos debajo de los arcos de secular acueducto de 286 arcos y largo de 2,000 metros, construido por Saladino, fundador de la ciudadela. Atravesamos por la mitad de un campo-santo. Las tumbas están vueltas hácia la Meca; son en lo general toscas y muy semejantes en su figura, pero su conjunto tiene mucho de pintoresco. Es costumbre entre mahometanos llorar á los muertos tres días á contar del de la muerte, y el noveno y todos los juéves siguientes hasta un mes y diez días despues. Durante los tres primeros, la familia doliente en compañía de los vecinos, llora durante el día y danza llorando: por la noche, los «sheiks» leen el Corán, relevándose unos tras otros, hasta las dos de la mañana, hora en que la lectura termina con el libro. Esto mismo hacen las mujeres el día noveno, excepto la lectura del Corán, y todos los juéves siguientes hasta terminado el día cuarenta.

Además de esto, los viérnes de todas las semanas del año, las familias dolientes van por la mañana bien temprano al campo-santo, llevando provisiones de comida, dulces y fruta que reparten á los pobres sobre las tumbas, para bien del alma del finado. Generalmente el plato que se da á los pobres es el que mas amó en vida el difunto. Hay algunas familias que duermen el juéves por la noche en el campo-santo ó lugares vecinos, para poder hacer sus limosnas el viérnes por la madrugada.

Estamos en la Ciudadela. La Ciudadela es á la vez templo, fortaleza y palacio. Elevada sobre una eminencia, domina completamente el Cairo con sus soberbias mezquitas, y parte del desierto, hasta mas allá de las pirámides de Ghiza. A su espalda se eleva la cadena de montañas llamada aquí el Mokattam, y que se extiende bajo diferentes nombres hasta la Meca. Esta cadena de bien pequeñas dimensiones por cierto, tiene la misma apariencia de aridez que el desierto; es como un montón de tierra seca y movediza, á manera de los que se miran al frente de los edificios que se construyen. Ni un árbol, ni una yerba crece en sus faldas; su color amarillento y monótono, parece tener algo de fúnebre. Por lo demás, casi todas las montañas de Egipto ofrecen el mismo aspecto.

El montecillo sobre el cual se eleva la Ciudadela es del mismo género que el Mokattam, solo que en la parte ocupada por los jardines del antiguo palacio, el terreno ha sido bonificado y es actualmente productivo y risueño.

La mezquita que corona la altura, llamada de Mohammed - Ali, es sobremanera bella y sin duda la mas suntuosa de las cuatrocientas que hay en el Cairo. Su bóveda se lanza soberbia en los aires, pero no tanto como sus dos esbeltos minaretes, que parecen sumergir sus agudas puntas en las profundidades azules.

Subido que hubimos la altura y dejado los asnos, llegamos á la puerta de la mezquita. Allí nos detuvieron los guardianes que estaban sentados en el dintel. Fuí despojado de mi paraguas y hube de sufrir que se me pusieran sobre mi calzado unas pantuflas de lana.

Entramos luego en espacioso patio rodeado de magníficas arquerías de mármol blanco. En su parte media hay hermosa fuente que sirve para hacer las abluciones. Algunos fieles á la sazón lavaban sus piés para entrar en la mezquita.

Tambien nosotros entramos en ella. Nada mas imponente que su aspecto interior. Mucho se asemeja en su disposicion á nuestras iglesias, pues tiene cuatro alas que forman cruz griega, y la altísima bóveda se



levanta en el medio. El suelo está cubierto de esteras, y las paredes decoradas con arabescos, pinturas y dorados. El púlpito donde el «sheikh» sube para leer el Coran, es de madera de exquisito trabajo.

A la derecha de la puerta de entrada, detrás de una verja de fierro, está la tumba de Mohammed-Alí. Este hombre singular nació en la Cavala, pequeño puerto de la Romelia, en Turquía, en 1769. Sus padres eran pobres, y Mohammed fué pastor en su infancia. Despues se aficionó á la carrera militar. Llegó á Egipto en 1801 como subteniente, y seis años despues fué reconocido virey de Egipto por la Sublime Puerta. Mas tarde entró en lucha con la Turquía, y merced al génio militar de su hijo Ibrahim, hizo temblar en su trono al sultán de Constantinopla; y á no haber sido abandonado por la Francia en el momento decisivo, habria realizado la independenciam de Egipto. Él protegió la civilizacion europea, difundió las luces de la ciencia entre su pueblo, hizo nacer la industria, dió impulso al comercio y encarriló el Egipto por la senda de prosperidad y progreso por donde camina. Fué el génio benéfico de un país, el regenerador de un pueblo; su nombre es digno de figurar entre los mas ilustres de los que personifican el adelanto humano.

Junto á la tumba estaban cuatro egipcios que, sentados sobre las esteras, con los piés desnudos, tenian ante sí sobre pequeños atriles de madera un Coran abierto, y entonaban en coro con voz monótona y compungida los versículos de su libro sagrado.

Al salir de la mezquita, fuimos á visitar el lugar por donde saltó el histórico mameluco. Mohammed-Alí, como lo sabe todo el mundo, no pudiendo sufrir el poder de los mamelucos en su reino, determinó acabar con ellos. Con este propósito, invitólos en Marzo de 811 á un banquete que tuvo lugar en la Ciudadela, so pretexto de la investidura de su hijo Tussum, que iba á pelear contra los uahabitas. A una señal convenida y en medio de la fiesta, soldados ocultos se precipitaron sobre ellos y los pasaron á cuchillo. Uno solo de los mamelucos pudo salvarse, y lo hizo saltando sobre su caballo desde

la altura de la Ciudadela. El pobre animal se rompió los huesos, pero el ginete logró escapar de la muerte. Y mas tarde encontró gracia á los ojos de Mohammed-Alí, que no solo le concedió la vida, sino que lo cubrió de riquezas.

En aquel mismo tiempo, mientras los mamelucos eran exterminados y la sangre corria á torrentes de la Ciudadela y cruzaba por las calles del Cairo; por singular coincidencia, el sultán Mahmoud de Constantinopla hacia también asesinar de mano de sus soldados otra larga familia de hombres que gozaba de incontrastable influjo en sus Estados; los genizaros.

Asombrado me sentí al medir con mis ojos la altura de donde se precipitó el mameluco de que hablaba. Es enorme, aun ahora que el antiguo nivel del suelo ha desaparecido bajo las montañas de arena que la mano del hombre ó la corriente de los aires ha hacinado contra los muros de la fortaleza. Y solamente se cree el caso, por ser tan reciente, que se puede llamar de nuestros días, supuesto que aun existen hombres coevos de él, que su verdad testifican.

La historia de las minorías preponderantes ha sido siempre la misma. Llegadas al apogeo de su poder, tiranizan al pueblo y se burlan de la autoridad, sin poner coto á su soberbia, ni preocuparse con las tempestades del futuro. La electricidad se amontona en el espacio, el rayo se engendra en el silencio, y sonado el momento oportuno, el pueblo se coloca al lado de la autoridad; esta desencadena sus iras, y la casta odiada, herida con alevosía, perseguida con rabia, es arrasada sobre la superficie de la tierra. D. Pedro el Cruel de Castilla, Luis XI de Francia, el sultán turco Mahmud y el virey egipcio Mohammed-Alí representan el mismo papel en la historia.

Los genizaros y los mamelucos tienen puntos notables de semejanza en su vida y su muerte. Los mamelucos eran de origen turco; los genizaros de origen cristiano: razas ambas exóticas en los países donde prosperaban. Los mamelucos odiaban á los turcos, los genizaros eran enemigos encarnizados de los cristianos: generaciones in-



gratas que se volvian de comun acuerdo contra sus hermanos. Los genizaros tiranizaban al sultán turco y cebaban su codicia en el pueblo; los mamelucos esperaban el momento de destronar á Mohammed-Alí, y pillaban el Egipto: ambos, ébrios de poder, abusaban de su fuerza y sembraban con sus triunfos la semilla de su derrota. Y habiendo colmado finalmente la medida de la paciencia de los príncipes, se firmó á la par su sentencia de muerte en Constantinopla y el Cairo, y precipitándose sobre ellos una soldadesca ávida de su exterminio, fueron inmolados en las casas, en las calles, en las plazas y en las mezquitas. Barthelemy memorable de dos razas insensatas.—

La mezquita del sultán Hassan se encuentra al pié de la Ciudadela. En un momento descendí para visitarla. Su forma difiere bastante de la de Mohammed-Alí. La parte de en medio, en vez de estar coronada por una cúpula, se encuentra descubierta, mientras las cuatro alas, que hacen tambien como la figura de una cruz griega, están cubiertas por bóvedas. Esta mezquita contiene trabajos preciosos en madera y piedra. La puerta de entrada es de tal manera valiosa, que se refiere que un ladron nocturno que logró sustraer de ella algunas piezas, ganó en Inglaterra donde fué á venderlas, nada menos que dos mil libras esterlinas. El púlpito, sobre todo, es obra maestra de arte. La tumba del sultán se encuentra en el fondo del ala principal, separada del resto de esta por una verja de madera.

De este sultán Hassan y de su mezquita se cuenta la siguiente historia: habiendo el sultán tenido un sueño que le impresionó sobremanera, pidió á un santón se lo explicara. El santón lo interpretó, diciéndole que la voluntad de Dios era que hiciese un viaje de diez años, durante los cuales seria desgraciado, y que pasado ese tiempo volveria á sus Estados, donde reinaria próspera y gloriosamente. Convencido el sultán de que aquel era su destino y de que seria un absurdo tratar de resistirle, tomó un asno, una alforja llena de oro y otra cargada con sus ropas, y salió del Cairo furtivamente. La noche le sorprendió en el camino, durmió á cielo raso, y al despertarse

por la mañana encontró que habia desaparecido su asno. Continuó caminando, llegó al Nilo, y para pasarlo tomó una barca que se encontró amarrada á la orilla. Apenas se habia apartado de la ribera, cuando la barca se hizo pedazos como por encanto. Como era buen nadador, puso sus alforjas sobre la cabeza y se dirigió á la orilla opuesta. Antes de alcanzarla, una oleada del rio le arrebató las alforjas. Alimentándose con raíces, plantas silvestres y dátiles, continuó caminando sin descanso diez dias por el desierto. Al fin llegó á una aldea miserable. Allí contrató con un propietario de rebaños hacerse pastor por diez años. Y de esta manera trascurrió el tiempo, sin que Hassan supiera si el de su prueba estaba cumplido. En todo este período el sultán-pastor era humilde, callado y manso; su amo lo consideraba idiota y le daba mal tratamiento.

Aconteció en esto que el amo y el ama de Hassan disputaron, y el marido lanzó á su mujer de su casa. Ahora bien, esta era ya la tercera vez que el marido lanzaba á su mujer. Este tercer divorcio deberia ser irrevocable conforme á ley de Mahoma, si no era que la mujer se casase con otro hombre y fuera divorciada por él. Porque un marido mahometano es libre para despedir dos veces á su mujer y volverla á tomar á su arbitrio otras dos; pero si la divorcia la tercera, para volver á hacerla su esposa debe esperar que ella se case con otro hombre y que sea divorciada por él; despues de este divorcio puede el primer marido recobrarla.

No obstante, el amo de Hassan amaba en el fondo tiernamente á su mujer, que era muy bella. Queriendo deshacer su yerro, pensó valerse de un expediente que imaginó para poder recobrar pronto á su esposa. Creyendo pues, que Hassan era imbécil, lo llamó á solas y le dijo, que le mandaba se desposara con su mujer, pero bajo la condicion de que habria de respetarla, y de divorciarla á la mañana siguiente. Comprometiése á ello Hassan, agobiado por su destino; desposó á su ama, y entró en la casa nupcial, no como marido sino como fiel siervo.



Su antigua ama en tanto lo encontró bello, halló algo sobrenatural en su semblante, y se propuso conservarlo eternamente por marido. Y de tales medios se valió, que encendió en el corazón de Hassan pasión violenta y repentina, y le hizo faltar á su juramento. En aquella noche el sultán tuvo otro sueño, y el mismo ángel que le habia hablado cuando estaba en el trono, bajó y le dijo: «guarda á esa mujer para siempre, y vuelve á Egipto donde serás feliz y glorioso: hé aquí que los diez años de tu prueba son ya pasados.»

A la mañana siguiente su amo vino á pedirle cumpliera su promesa, divorciando á su nueva esposa, y sobre la negativa de Hassan se armó entre ambos una disputa, de la cual el amo resultó muerto.

Púsose entonces en marcha el sultán en compañía de su esposa, de regreso al Cairo, y á poco andar encontró su asno atado á un árbol. Continuó marchando, y á la orilla del Nilo halló sus alforjas llenas de oro, y sus ropas. A poca distancia de aquel sitio se encontraba la misma barca que se habia hecho pedazos, la cual se mecía sobre las aguas y estaba como nueva. Pasó Hassan sobre ella el Nilo, sin remar ni dirigirla, y llegó por fin al Cairo.

Un usurpador se habia apoderado del trono. Informado Hassan de la hora en que el usurpador iba á orar á la mezquita, fué él allí al mismo tiempo, con su alfanje oculto bajo la túnica. Y cuando se entonaba cierto versículo del Corán, se levantó en medio del pueblo, y sacando su alfanje cortó la cabeza al usurpador de un solo golpe. En el acto fué reconocido y aclamado con regocijo, y á partir de ese día comenzó para él un largo y próspero reinado, en que hizo el bien del Egipto y se grangeó el amor de su pueblo.

Y en memoria de este acontecimiento hizo Hassan levantar la mezquita que hoy lleva su nombre, sobre la antigua donde inmoló al usurpador, y dispuso que en ella fuera sepultado su cuerpo.—

Antes de concluir esta excursión, Fortunato me hizo entrar en otra mezquita, cuyos muros están cubiertos de rica porcelana. Había allí unos cuantos «derwishes,» especie de padres mahometanos que vi-

ven peregrinando, que jamás se casan y comen y visten implorando la caridad pública. Hay «derwishes» de tres clases. Los unos se llaman giradores, porque durante la hora de la oración no cesan de dar vueltas un punto, lo que á menudo les ocasiona vértigos y congestiones. Otros tienen por oficio orar fervorosamente ante los fieles. Los últimos llamados gruñidores gritan como bestias feroces. Los «derwishes» que tenía ante mis ojos eran de los giradores, que son los más venerados de todos. Los había negros y blancos y de todos los colores intermedios. Estaban sentados sobre las esteras, sin pantuflas, conversando y fumando sus pipas. Uno de ellos que se acercó á nosotros, nos dió sobre su gremio las noticias que acabo de transcribir.

Díjonos asimismo que el mes próximo habría gran ceremonia de «derwishes» giradores cerca del palacio de la reina madre, y nos invitó á que asistiéramos á ella. Dímosle las gracias por su amabilidad, fumamos en su compañía un cigarrillo de «Korani» (tabaco excelente de la Siria), y le dijimos adiós cerrándole la mano. Él nos contestó llevándose la mano á la frente, al pecho y á la boca, y concluyendo por besársela él mismo. Esta es la manera de saludar y dar las gracias entre mahometanos. Algo hay en estos movimientos semejante á los del cristiano cuando se persigna, por lo que me figuro que esta costumbre nuestra es originaria del Oriente, y data de los primeros siglos de la Iglesia.